

— Si.

— ¿Habéis visto en la taberna de donde venimos todos, porque ahora os reconozco, á un hombre á quien ha ido á buscar un carbonero?

— ¿Uno delgado con bigotes? Sí; me iba á comer un pedazo de aquel espárrago, pero no me dió tiempo... Me aturdió con dos puñetazos y me hizo caer sobre un banco... por la primera vez de mi vida... ¡Pero yo me vengaré!

— Bueno, pues de ese es de quien hablo, — dijo Sara.

— ¿De él? — gritó el Maestro de Escuela. — Vengan, 1,000 francos y le mato...

— ¡Miserable! ¿quién habla de matar?... — dijo Sara al Maestro de Escuela.

— ¿Qué queréis entonces?

— Salid mañana al llano de San Dionisio y hallaréis allí á mi compañero, — continuó Sara: — ya veréis como está solo, y os dirá lo que habéis de hacer. Si cumplís, no sólo os dará 1,000 francos sino 2,000.

— Mira, palomito — dijo en voz baja la Lechuza al Maestro de Escuela, — es negocio de dinero; ésta es gente que *habilla los parnés*<sup>1</sup> y quieren deshacerse de algún enemigo: este enemigo es sin duda el *gayon*<sup>2</sup> que te querías tragar... Es preciso ir: yo iré en tu lugar... Dos mil francos, querido, valen la molestia de andar un poco de camino.

— Bien está, irá mi mujer, — dijo el Maestro de Escuela. — La diréis lo que se ha de hacer, y veremos...

— Mañana á la una.

— Á la una.

— En el llano de San Dionisio.

— En el llano de San Dionisio.

— Entre San Ouen y el camino de la Revolte, al fin del camino.

— Está dicho.

— Os llevaré vuestra cartera.

— Y os daré los 500 francos prometidos, y arreglaremos el otro negocio si sois razonable.

— Bueno; ahora coged á la derecha, que nosotros nos vamos por la izquierda: y cuidado con que nos sigáis; porque sino...

Alejáronse precipitadamente el Maestro de Escuela y la Lechuza, y Tomás Seyton y Sara se dirigieron hacia al atrio de Nuestra Señora.

Un testigo invisible había presenciado esta escena... el Churiador se había metido en los escombros de la casa demolida para abrigarse de la lluvia. Inte-

<sup>1</sup> Gente rica ó de dinero.

<sup>2</sup> Rufián.

resóle vivamente la proposición que acerca de Rodolfo hizo Sara al bandido, y alarmado por el peligro que creyó amenazaba á su nuevo *amigo*, sintió no tener en su mano el medio de salvarlo. Su odio al Maestro de Escuela y á la Lechuza pudo haber contribuído á despertar este sentimiento.

Determinó advertir á Rodolfo del peligro que le amenazaba, pero no sabía cómo hacerlo, habiendo olvidado las señas de la casa del titulado pintor de abanicos. ¿Cómo pues hablar á Rodolfo si por ventura no volvía á la taberna del Conejo Blanco? Entregado á estas reflexiones, el Churiador había seguido maquinalmente á Tomás y Sara, y los vió subir al coche que los aguardaba en el atrio de Nuestra Señora.

Al partir el coche saltó á la zaga el Churiador, y á la una de la noche se detuvo el carruaje en el baluarte del Observatorio, donde se apearon Tomás y Sara y desaparecieron en una callejuela que empieza en aquel sitio. Como la noche era muy oscura, el Churiador sacó de la faltriquera una grande navaja, hizo con ella una profunda señal en uno de los árboles cercanos al callejón, á fin de reconocer al día siguiente el lugar en que se hallaba y dirigióse luego á su habitación, de la cual se hallaba muy distante.

Largo tiempo hacía que no había disfrutado un sueño tan profundo y tranquilo como el de esta noche, y sin que le aterrara la horrible visión del sargento y de los soldados moribundos.

## VIII

### EL DESEO

Hermoso y radiante en medio de un purísimo cielo, brillaba el sol de otoño la mañana que siguió á la noche en que ocurrieron la escenas referidas. Aunque por la elevación de las casas y lo estrecho de las calles es siempre obscuro el barrio de la Cité, parecía, sin embargo, menos horrible á la luz de tan hermoso día.

Á las once de la mañana entró Rodolfo en la calle de Eeves, y se dirigió á la taberna del Conejo Blanco, ya fuese porque no temía el encuentro de las personas con quienes había estado la víspera, ó bien porque quería buscarlas.

Iba vestido de obrero como el día anterior, pero en su traje se notaba mayor esmero, pues llevaba una blusa nueva abierta por el pecho que descubría una camisa de lana roja cerrada con botones de plata; el cuello de otra camisa de tela caía sobre una corbata de seda negra anudada sin aliño; los rizos de su pelo castaño caían alrededor de una gorra de terciopelo azul celeste con visera



Y la hostelera acercó al de Flor de María su innoble rostro.

La infeliz criatura, venciendo una comprensible repugnancia, acercó su hermosa frente á los labios de la figonera; pero Rodolfo arrojó de un codazo á la vieja contra el mostrador de la taberna, y cogiendo del brazo á Flor de María salió del Conejo Blanco al son de las imprecaciones de la tía Pelona.

— ¡Cuidado, señor Rodolfo! — dijo la Cantaora: — la tabernera no dejará de arrojaros alguna cosa á la cabeza, porque es muy mala.

— No tengáis cuidado, hija mía. Pero ¿qué tenéis? parecéis abatida y triste... ¿No queréis venir conmigo?

— Al contrario... pero... como me dais el brazo...

— ¿Y qué?

— Como sois un obrero acomodado... cualquiera podrá decir á vuestro amo que os ha visto conmigo... y esto os hará perjuicio. Los amos no quieren que sus oficiales se distraigan.

Y la Cantaora retiró suavemente el brazo y añadió:

— Id solo y os seguiré hasta la barrera. Luego que llegemos al campo nos reuniremos...

— No temas, — dijo Rodolfo conmovido por este sentimiento delicado, y volviendo á tomar el brazo de Flor de María. — Mi patrón no vive en este barrio, y además vamos á tomar un coche en el muelle de las Flores.

— Como gustéis, señor Rodolfo: yo os dije aquello por temor de que os sucediese algún mal.

Lo creo y lo agradezco. Pero ya que vamos al campo, decidme francamente á qué sitio deseáis que nos dirijamos.

— Con tal que vayamos al campo, el sitio me es indiferente. El tiempo es hermoso; ¡deseo tanto respirar el aire libre!... ¿Sabéis que hace seis semanas que no he pasado del mercado de las flores? Y gracias á que la tía Pelona me dejaba salir de la Cité, porque tenía confianza en mí.

— ¿Ibais á ese mercado para comprar flores solamente?

— ¡Ah! no, porque no tenía dinero, y sólo iba para verlas y para respirar su olor... Pasaba tan contenta la media hora que la Pelona me concedía los días de mercado para pasearme en el muelle, que me olvidaba entonces de todo.

— Pero al volver á la taberna... por aquellas calles tan sucias...

— ¡Ah, sí!... jamás volvía tan contenta como había salido... y tenía que ocultar mis lágrimas para que no me pegasen. Mirad, señor Rodolfo, lo que más envidia me daba en el mercado era el ver á las obreritas jóvenes que se volvían tan alegres con un hermoso ramo en el brazo.

— Estoy seguro de que hubierais sido más feliz, sólo con haber tenido tientos en vuestra ventana.

— ¡Qué verdad es eso, señor Rodolfo! Un día la tía Pelona, conociendo mi gusto, me regaló un rosalito: era día de su santo. ¡Si vierais qué contenta estaba! ya no había tristeza para mí... No hacía más que mirar y mirar el rosal, y me divertía en contar las ojas y capullos... Pero el aire es tan malo en la Cité que al cabo de dos días empezó á marchitarse... y entonces... Pero os vais á reír de mí, señor Rodolfo.

— No, hija mía: continuad.

— ¡Pues bien, mirad! entonces pedí licencia á la tía Pelona para sacar á pasear mi rosalito, como si fuese un niño... Lo llevaba al muelle figurándome que el aire embalsamado por las otras flores le haría revivir. Mojaba en el agua de la fuente sus hojas mustias, y luego lo ponía un cuarto de hora al sol para enjugarlo... ¡Rosalito mío! nunca veía el sol en la Cité... lo mismo que yo... porque en nuestra calle no baja nunca del techo de las casas... En fin, me volvía á la taberna. ¡Ah! os aseguro, señor Rodolfo, que á estos cuidados debió sin duda mi rosal diez días más de vida.

— Sí, os lo creo; pero cuando murió tuvisteis un día de luto, un pesar muy grande ¿es verdad?

— Lo he llorado, sí; lo he llorado con mucha pena... Porque, mirad, señor Rodolfo, toma una mucho cariño á las flores aunque no las tenga: os lo puedo asegurar. Y luego yo quería tanto á mi rosalito porque había agradecido mis cuidados... porque... en fin... á pesar de lo que yo era...

Y Flor de María bajó ruborizada la cabeza.

— ¡Desgraciada niña! con ese sentimiento de vuestra horrible situación, muchas veces debisteis...

— Haber querido huir ¿es verdad, señor Rodolfo? — dijo la Cantaora interrumpiéndole á su compañero. — ¡Ah, sí! de un mes á esta parte muchas veces he mirado al Sena por el borde del parapeto;... pero después miraba á las flores y al cielo, y me decía: El río estará siempre ahí... no tengo más que diez y seis años... ¿quién sabe?

— ¿Esperabais en algo cuando deciais *Quién sabe?*

— Sí.

— ¿Y qué esperabais?

— Hallar una buena alma que me proporcionase trabajo para salir de la taberna... esta esperanza me consolaba... Y luego me decía á mí misma: Es verdad que es grande mi desamparo y miseria; pero á lo menos no he hecho nunca mal á nadie... si hubiera tenido alguno que me aconsejase, no me hallaría como me hallo... Y entonces se disipaba mi tristeza, que se había aumentado desde la pérdida de mi rosal, — añadió Flor de María suspirando.

— ¡Qué pena tan grande os da ese rosal!

— Sí... miradlo, aquí está.



Y sacó del pecho un manojito seco muy recortado y atado con una cinta color de rosa.

— ¡Ah, lo habéis conservado!

— Ya es lo único que poseo en este mundo.

— ¡Cómo! ¿no poseéis nada?

— Nada, señor.

— ¿Y esa sarta de coral?

— Es de la figonera.

— ¿No tenéis siquiera una basquiña, una gorrita, un pañuelo?...

— No, señor: nada, nada me pertenece á no ser las ramitas secas de mi pobre rosál. Por eso las quiero tanto.

Rodolfo y la Cantaora llegaron en esto al muelle de las Flores, en donde los esperaba un coche de alquiler. Rodolfo hizo subir á Flor de María, entró después y dijo al cochero:

— Á San Dionisio: allí te diré por donde has de seguir.

El carruaje partió: brillaba un hermoso sol, el cielo estaba claro y sin nubes y un aire fresco entraba libremente por las ventanas del coche.

— ¡Ah! ¡un abrigo de mujer! — dijo la Cantaora al ver un mantón que había en su asiento.

— Sí, podéis usarlo, hija mía: lo he tomado creyendo que tendríais frío.

La pobre criatura, poco acostumbrada á tales atenciones, miró con sorpresa á Rodolfo.

— ¡Dios mío, qué bueno sois, señor Rodolfo! esto me da vergüenza.

— ¿Os avergonzáis porque soy bueno?

— No... sino que... ya no habláis como hablabais ayer, y parecéis otro...

— Decidme, Flor de María: ¿cuál queréis mejor; que sea el Rodolfo de ayer... ó el Rodolfo de hoy?

— Me gustáis más ahora... Con todo, ayer me parecía que erais más igual á mí... — Y temiendo haber ofendido á Rodolfo, añadió: — Aunque digo igual... bien sé, señor Rodolfo, que esto no puede ser...

— Una cosa extraño en vos, Flor de María.

— ¿Qué es, señor Rodolfo?

— Parece que os olvidáis de lo que os dijo anoche la Lechuza... Conoce á las personas que os han criado.

— ¡Ah! no me he olvidado, no... he llorado toda la noche pensando en eso. Pero estoy segura de que no es verdad... La tuerta habrá inventado ese cuento para mortificarme...

— Puede ser que la vieja esté mejor informada de lo que pensáis... y si así fuese ¿no os alegraríais de hallar á vuestros padres?

— ¡Ay, señor Rodolfo! si mis padres no me amaron jamás ¿á qué fin con-

cerlos?... ni aun querrian verme... Y si me han amado ¿cuál sería su vergüenza?... ¡ah! se morirían de pesar...

— Si vuestros padres os amaron, Flor de María, os compadecerán, os



Deseo tanto respirar el aire libre...

perdonarán y os amarán todavía... Si os han abandonado, su vergüenza y su remordimiento, al ver la espantosa situación á que os veis reducida, os vengarán.



- ¿Y para qué vengarme?  
— Tenéis razón... no hablemos más de este asunto.



Flor de María.

Llegaba entonces el coche á la encrucijada de los caminos de San Dionisio y la Revolte, cerca de San Ouen.

Á pesar de lo monótono de aquel sitio, Flor de María se llenó de gozo al ver los campos, como ella decía; y olvidando los tristes recuerdos que la había inspirado el nombre de la Lechuza, se cubrió su hermoso rostro de una

angélica alegría, asomóse á la ventanilla del coche, y batiendo exaltada las manos gritó :

— ¡ Señor Rodolfo, qué dicha, qué felicidad !... ¡ la hierba !... ¡ los campos !... ¡ Dios mío !... Si me permitierais bajar... ¡ hace un día tan hermoso !... ¡ qué gusto me daría correr por esos campos !

— Corramos, hija mía... ¡ Cochero, para !

— ¿ También queréis correr, señor Rodolfo ?

— Sí, prenda mía.

— ¡ Qué felicidad, señor Rodolfo !

Y cogiéndose de la mano los dos compañeros empezaron á correr por un prado acabado de segar, hasta que les faltó el aliento.

Sería imposible decir los gritos de gozo, los saltos y arrebatos de alegría que dió y sintió Flor de María. ¡ Pobre criatura ! después de tan largo encierro la embriagaba el aire libre... Iba, venía, se paraba y volvía á correr sin poder sujetar los impulsos de su inocente gozo. Á cada mata de flores silvestres que encontraba no podía contener nuevas exclamaciones de alegría. Después de haber cogido cuantas flores alcanzó con la vista y de haber corrido algún tiempo, se apoyó por último cansada y sin aliento, pues había perdido la costumbre de hacer ejercicio, en el tronco de un árbol tendido á lo largo de un profundo barranco.

El rostro blanco y transparente de Flor de María, de ordinario pálido, estaba entonces cubierto de un vivo sonrosado. Sus grandes ojos azules brillaban con dulzura; sus labios encarnados y entreabiertos para dar paso á la agitada respiración, dejaban ver dos hermosas hileras de perlas húmedas; su seno se agitaba bajo el pequeño y gastado chal color de naranja; con una mano comprimía los latidos del corazón, y con la otra presentaba á Rodolfo el ramillete de flores silvestres que había cogido.

Nada más hermoso que la expresión de gozo inocente y puro que exhalaba el rostro de Flor de María.

Luego que pudo hablar dijo á Rodolfo con un acento de inefable dicha y de agradecimiento casi religioso :

— ¡ Cómo bendigo á Dios por habernos dado tan hermoso día ! !

Brilló una lágrima en los ojos de Rodolfo al oír que esta criatura abandonada y perdida, daba un grito de felicidad y de gratitud al Ser Supremo, porque la permitía disfrutar un rayo del sol y la vista de un prado.

Un accidente inesperado sacó á Rodolfo de su meditación.